SECH

AÑO 1. DICIEMBRE DE 1936 N.° 3.

Edición de la Universidad de Chile

Contenido:

Federico García Lorca.

Poemas de García Lorca.

Pablo Neruda, *Oda a Federico García Lorca.*

Carlos Luis Saénz, *Federico García Lorca.*

Juvencio Valle, *Federico García Lorca.*

Diego Muñoz, *La defensa de los derechos literarios y la Sociedad de Escritores de Chile.*

Alejandro Lipschütz, *Individuo y Naturaleza.*

Enrique Espinoza, *Notas para un ensayo sobre don Roberto Cuninghame Graham.*

Benjamín Subercaseaux, *¿El Autor o la Obra?*

Januario Espinosa, *Germán Luco, el hombre.*

Pro y Contra: Norberto Pinilla, *Apuntaciones sobre Pablo Neruda.*—**Benjamín Subercaseaux,** *El Pablo Neruda de Arturo Aldunate.*

Jorge Lecomte, *La Sociedad de Gente de Letras.*

Noticias.

Concurso Editorial Ercilla.

REVISTA DE L
SOCIEDAD DE E
CRITORES DE CHI

Notas para un ensayo sobre don Roberto Cunninghame Graham

POR **Enrique Espinoza**

I

Cuantos escribieron entre nosotros sobre don Roberto B. Cunninghame Graham con motivo de su reciente estada y muerte en el Plaza Hotel de Buenos Aires, no dejaron de insistir en primer término, sobre el Quijote que encarnaba el ilustre viajero en su gloriosa ancianidad.

Sin negar este parecido, por demás evidente en algunos de sus últimos retratos, creemos, sin embargo, que se impone un examen menos superficial del singularísimo escritor inglés, que dijo Guillermo Enrique Hudson, para descubrir su entronque con España y nuestra América.

La remota ascendencia andaluza de Cunninghame Graham por la rama materna, le basta a muchos para explicarlo todo, naturalmente, por el viejo mito, hoy renovado, de la raza. Pero el problema de la personalidad humana en su sentido integral, no es tan simple, ni siquiera desde el punto de vista de la sangre, el menos claro, sin duda.

En todo caso, siguiendo la pasión dominante de su espíritu, sería más radical, en la verdadera acepción de esta palabra, y más oportuno también, en el año del cuarto centenario de Buenos Aires, remontarse a la época de la Conquista, que es cuando se establece el nexo de oro y sangre entre España y América, para subrayar, de paso, la curiosa semejanza que ofrece el nombre mismo de Roberto B. Cunninghame Graham con los de Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León y otros grandes cronistas universales del Nuevo Mundo.

Pero ya veremos hasta donde el impulso del Conquistador y la visión del Quijote determinan la vida y la obra de este noble caballero escocés que, de ningun modo, podemos considerar siempre fuera de su tiempo y de su país.

En nuestra opinión, Cunninghame Graham, por esas relaciones fundamentales, precisamente, continúa, más bien, la línea de los intrépidos viajeros ingleses que se identificaron durante años y leguas con la América española desde comienzos del siglo XIX. Lo que llega a caracterizarlo entre todos, con relieve propio, es su talento de artista

superior que le permite fijar en el tiempo todo el colorido inherente a la aventura y sumar así, al éxito material, uno más alto y perdurable.

Cunninghame Graham es el conquistador conquistado, según sucede muchas veces cuando del hombre y de la tierra se trata; es el hidalgo venido a más, el caballero genuino en su hora y en su lugar. Algo romántico al principio, como el gaucho de la Independencia; pero pronto, real y verdadero, en contacto con la lucha ordinaria de cada día. Por eso sus amigos y admiradores argentinos terminamos por llamarlo, campechanamente, don Roberto, no más.

En efecto, ningún otro título le venía mejor que éste cuyo origen es tan discutible en España; pero que entre nosotros cobra un acento particular de cariño y consideración.

Don Roberto llega al Plata en lo mejor de su juventud, allá por el año 70, y durante dos lustos recorre a caballo la Argentina y el Uruguay, Chile, Paraguay y parte del Brasil, en busca de fortuna y aventuras, como don Quijote y los Conquistadores.

La naturaleza bravía de América, sobre todo la Pampa, que acababa de dejar, ya hombre, quien había de ser luego en Inglaterra su intérprete más poderoso, Guillermo Enrique Hudson, lo entusiasma directamente y para siempre.

Se agaucha, pues, en todo lo posible, hasta adoptar el oficio de resero. Convive en largas jornadas con los peones de muchas estancias y conoce, asimismo, a los grandes terratenientes que se disputan en nombre de la Nación el sometimiento de los paisanos en su propio provecho.

El afán de justicia que asoma pintorescamente en el *Martín Fierro*, encuentra en él a uno de los primeros y más calificados admiradores. El poema le ayuda, sin duda, a captar el alma de sus compañeros de oficio. La pasión por el caballo, el elemento imprescindible de trabajo en la pampa, es en adelante la suya. Hasta el fin de sus días el lazo gaucho rubrica su firma, cuando no la misma marca flor de su tropilla.

De vuelta en Inglaterra, antes de doblar los treinta y casado con una dama chilena de origen francés, Gabriela Blamondière, don Roberto, irrumpe no obstante, como un gaucho, en las tranquilas avenidas del Hyde Park y en la misma política de Londres.

Tras una breve escapada a México que dura apenas un par de años, se hace elegir miembro del parlamento y en la cámara de los comunes su voz se levanta para fustigar el insularismo satisfecho de los hombres de su propia clase.

Gran Bretaña, sostiene en ocasión memorable, es sólo una factoría en donde treinta millones de hombres trabajan para satisfacer el lujo y la ociosidad de treinta mil privilegiados.

La miserable situación de los mineros que viven en condiciones inferiores a las de los pueblos más primitivos, lo subleva como un crimen contra la dignidad humana. El imperialismo, basado en la astucia y el despojo, le parece igualmente criminal.

Con varios líderes laboristas, hoy famosos, entre los que se cuentan Hyndman, Keir Hardie, Champion, John Burns y algunos escritores y poetas de la talla de Bernard Shaw y William Morris, don Roberto se entrega abiertamente a la lucha social.

Durante un mitin de protesta llevado a cabo sin permiso en Trafalgar Square, la policía carga contra los manifestantes y Cunninghame Graham, a pesar de su condición de parlamentario, es llevado a la cárcel con la cabeza rota.

Bernard Shaw no llega a tanto. Un joven escritor inglés de nuestros días, John Strachey, imagina en uno de sus libros recientes, *La lucha por el poder*, qué le hubiera ocurrido a Mr. Shaw si por aquella época se hubiera hecho revolucionario en vez de socialista fabiano. Es muy posible, dice, que disfrutara en la actualidad de fama inmortal como una de las dos o tres figuras europeas de los últimos siglos. Pero es posible, también — agrega — que estuviera ya muerto desde hace bastante tiempo. Y concluye: Su vida hubiera sido, desde luego, menos próspera, fácil y segura económicamente; se le hubieran negado, quizá, hasta las persecusiones, y de haber muerto, digamos, hacia 1913, hubiera muerto como Marx lo hizo hacia el año 80, en lo que al mundo le hubiera parecido fracaso y olvido.

Por su parte, el poeta William Morris, el otro gran compañero de Cunninghame Graham, llega a vaticinar con asombrosa perspicacia cómo una parte de la clase alta y media va a organizar la contrarrevolución. En sus *News from Nowhere* apunta:

Bandas de jóvenes como las de los crumiros de la gran huelga que os he hablado antes, armados y ejercitados empezaron a provocar pendencias con el pueblo en las calles. El gobierno no les ayudaba ni los suprimía, manteniéndose neutral, a la espera de que algo saliera de aquéllo. Estos «amigos del orden», como se llamaban, tuvieron algún éxito al principio y se volvieron más audaces; lograron el apoyo de muchos oficiales del ejército regular y por su intermedio se posesionaron de armas de toda clase. ...Lanzados a una guerra irregular en todo el país, el gobierno que, al principio, parecía ignorar la cosa o la juzgaba como una simple agitación, se decidió, finalmente, y en forma definitiva, por los «amigos del orden».

Pero tampoco William Morris, cuyas palabras memorables tomamos del libro *Fascismo y Revolución* de otro joven escritor inglés contemporáneo, Palme Dutt, consigue realizarse fuera del campo filantrópico.

Sólo Cunninghame Graham lucha durante algunos años desde el Parlamento y la calle, asiste a un congreso de la Internacional y desafía, como hemos visto, las iras policiales hasta dar en la cárcel.

Una anécdota muy sabrosa que le oímos a don Baldomero Sanin Cano, sostiene que en esta o en otra ocasión, Cunninghame Graham alcanza a distinguir en una rueda de presos a Oscar Wilde y lo saluda respetuosamente desde su celda. El propio autor de *De Profundis* recuerda conmovido este homenaje; pero sin sospechar el nombre ni la significación de quien se lo había tributado.

Morley Roberts, en su libro sobre Guillermo Enrique Hudson, nos evoca el primer encuentro de éste con don Roberto, por aquella época, en su compañía y en la de H. H. Champion, el lider de una huelga portuaria.

Graham, dice, estaba entonces dedicado a la política laborista y no hacía mucho que un policía sin respeto por los libros como *Success* y *An Indian Ghost Dance*, que llevaba en la cabeza, se la había roto en Trafalgar Square. Era una cabeza muy notable y por todo el conservantismo de Hudson, pertenecía a un nativo de Escocia, que era esencialmente, por algún milagro, un verdadero hijo de España, un hidalgo, o sea un hijo de alguien, altamente simpático. ¿No había conocido, acaso, a España y la Argentina? ¿No había, acaso, alternado en la pampa con gauchos que tenían a menos la vida humana, en un país donde «tantos caballos preciosos mueren?»

Y Morley Roberts termina su evocación de aquel primer encuentro en el célebre Cafe Royal de Londres, «que aun perdura como la *tierra elegida* de los jóvenes bisontes

del rebaño literario y artístico», con estas palabras significativas:

Todos éramos en algún sentido hijos de la aventura y de la silla de montar.....

De este pasado común y de otro más remoto, particularmente sentido por don Roberto, sale con los años toda su obra literaria de viajero incansable, a través de la Conquista y las tierras reconquistadas a la codicia de los buscadores de oro.

No es difícil hacer una rápida clasificación de esta obra, pues, en su conjunto, comprende dos grupos fundamentales: el de los libros que se refieren a hechos y personajes, antiguos y modernos que atraen, directa o indirectamente, la atención del autor; y el de los libros que reflejan sus múltiples experiencias y descubrimientos, en contacto con la naturaleza, a través de los distintos países visitados.

Entre los primeros, no menos de veinte volúmenes, hay que contar desde *Doughty Deeds*, una reseña de la vida de Robert Graham of Gartmore, poeta y político (1735-1797), hasta *Portrait of a Dictator, Francisco Solano López*, pasando por una serie de crónicas biográficas sobre Hernando de Soto, Pedro de Valdivia, José Antonio Páez, etc.

Entre los segundos, otros veinte volúmenes, o poco menos, de sketches, y cuentos, agrupados generalmente bajo el título de cualquiera de ellos o en colecciones antológicas, priman los relatos más o menos imaginativos. En dos palabras: *Story and history*. Poesía y verdad.

T. F. Tschiffely, el famoso jinete suizo-argentino que realizó en 1928 la proeza de llegar con sus caballos Mancha y Gato desde Buenos Aires hasta Nueva York, acaba de publicar en Londres bajo el título criollo de *Rodeo* una nueva selección de cuentos y sketches de don Roberto, con la esperanza de conquistar definitivamente al público inglés. Porque corresponde anotar que de todos los libros de don Roberto, sólo *Mogreb-el-Acksa* tuvo una segunda edición en 1930. Su prologuista, el autorizado crítico Edward Garnett, considera este libro como su obra maestra dentro del género de los viajes.

Mogreb-el-Acksa, dice en un reciente artículo del London Mercury, sobre el cual volveremos enseguida, arroja el guante al público inglés. Desafía todos los chibolets de la era victoriana, especialmente aquel de la responsa-

bilidad del hombre blanco y la hipocresía inherente a la propaganda de los imperialistas.

Este libro había merecido, asimismo, el juicio elogioso de Conrad, que por cierto, no compartía las «ilusiones irremediables» de su autor, a quien trata en una carta de *grand seigneur et frondeur*.

Edward Garnett, en su artículo ya citado, cree que Hudson ha encontrado la mejor definición de Cunninghame Graham al llamarlo «singularísimo escritor inglés» en su famosa dedicatoria de *El Ombú*.

Esta dedicatoria, dice, asegura en pocas palabras a Graham el título de singularísimo para la posteridad. Y funda su juicio en la siguiente apreciación: Dado que las cualidades de *La Tierra Purpúrea*, *El Ombú* y *Allá lejos, hace tiempo*, son después de todo extraordinarias, es evidente que los esbozos de Graham sólo son acreedores al *proxime accesit*.

Sin embargo, sostiene que los mejores sketches de Graham merecen un lugar permanente en la literatura inglesa por su mordaz filosofía y su aplastante desprecio por la farsa del mundo. Su enorme experiencia de lo fundamental de la naturaleza humana, de todas las clases y especies de hombres, blancos, negros, amarillos y pardos, le dieron —dice—una visión más desprejuiciada y un punto de vista más amplio que el de cualquiera de sus contemporáneos ingleses. Tal vez era, concluye, más «singular» como hombre que por sus libros; pero los mejores entre éstos alientan ese espíritu único.

Como muestra de su visión total, Garnett señala *Harboured*, su sketch elegíaco de los funerales de Conrad. Yo estaba allí—asegura—y puedo dar testimonio de la artística y verdadera armonía con que Graham mezcló el efecto de las masas y de las calles de Canterbury con el sepulcro donde Conrad descansa en tierra de Kent. *Harboured* es una pieza clásica y de seguro perdurará como un poema antiguo.

A juicio de Garnett, siempre, *Niggers* perdurará igualmente por sus pullas a la actitud del inglés hacia los indígenas y *Success* tanto como el mismo idioma de la isla por su desprecio a la mentira que significa «la profunda adoración de los hechos consumados».

Desgraciadamente, no se ha traducido a nuestro idioma

ninguno de los libros de don Roberto. Sólo existe en castellano una colección de artículos vertidos en Londres bajo el título de *El Río de la Plata* por el grupo de colaboradores de la antigua revista *Hispania*.

Este libro fué publicado en su homenaje, al comienzo de la guerra, a raíz de una comisión que el gobierno inglés le confiara en el Uruguay, y lleva un interesante prólogo de don Baldomero Sanin Cano.

Aquí conviene recordar que don Roberto estuvo siempre muy ligado a los escritores hispanoamericanos residentes o de paso en Londres. En casa de don Santiago Pérez Triana solía reunirse con ellos para escuchar música y conversar de arte, política y caballos. Don Leopoldo Lugones, presente en varias de estas veladas, cuenta que durante una, particularmente concurrida, Cunninghame Graham se topó con él ante el vano de una puerta, al ir a pasar de una estancia a otra; y que echándose a reír, le dijo, recordando el famoso baile de *Martín Fierro*:

Nunca faltan encontrones
cuando un pobre se divierte.

Esto con el tono más gaucho de su juventud y consciente de la gracia que podía hacer la sentencia a tantas millas de la Pampa y en su afortunada situación.

El Río de la Plata confirma en todas sus páginas este espíritu campechano que no se paga de grandezas efímeras y continúa fiel a la esencial humildad del hombre, incontaminado aún por el nacionalismo y la deificación de sus jefes.

Recordaremos tan sólo dos o tres rasgos del libro, tomados de la vívida evocación que Cunninghame Graham, hace del Buenos Aires de antaño, es decir, de la época en que lo visitó por vez primera. Se trata de unas consideraciones históricas acerca del templo de Santo Domingo que conserva en su fachada las balas de cañón que le disparara el luterano general Witelocke en su ataque a la ciudad. Rezan literalmente así:

Dentro de la iglesia, allá en lo alto de la nave occidental, colgaban entonces y supongo que cuelgan todavía, las banderas de tres regimientos del ejército inglés. En aquellos días pensaba yo que era una oportuna amonestación al orgullo, hacia la cual les llamaba la atención a los ingleses que por allí andaban, cuando repletos de vino nuevo (aquí léase *carlón* a diez centavos la botella y champaña hecho de petróleo

a cinco *patacones* el litro) les mostraba los trofeos y les invitaba a que se golpearan el diafragma y silbaran la tonada del *Rule Britania* con cuanto garbo le fuera dado hacerlo.

El otro rasgo, igualmente expresivo, pertenece a la pintura que en el mismo artículo hace de los establecimientos non sanctas del Buenos Aires de aquellos días. Entre otras cosas, dice:

En más de una ocasión he visto a algún augusto personaje elevado sobre sus conciudadanos por el voto popular, entrar, sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su cafe, charlando con todas las señoras de la casa tan afablemente que nadie se hubiera imaginado que el recuento de algunos miles de narices lo había elevado a la categoría de un dios.

Por último, las siguientes líneas finales que vienen a ser como una justificación anticipada de su resistencia a visitar Buenos Aires durante los once meses que pasara en el Uruguay:

Sé que Buenos Aires es grande, próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran a sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles. Todo esto lo sé y me complazco en ello, porque *anche io fu pittore*, es decir, porque yo también he cabalgado por las calles del viejo Buenos Aires (el de antaño), casi siempre en un *doradillo*, escarceador y coscojero de mi propiedad, con las grandes espuelas de plata pendientes del talón, camino del hotel Claraz, después de entregar una punta de ganado en el saladero de las afueras de la ciudad. Todo eso que ha sucedido lo sé y me regocija, sin convencerme.

Así le sucede al hombre que en su juventud ha visto a una bailarina gitana, morena, ágil y cenceña, y que años más tarde vuelve a encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París, y que piensa que a sus ojos era más hermosa allá en el Burrero, envuelta en su raído mantón de Manila.

El Río de la Plata por haberse publicado cuando el mismo reconocimiento del *Martín Fierro* no se había cumplido del todo, alcanza a tener muy pocos lectores en Buenos Aires. Su desenfado gauchesco hasta hace avergonzar a algunos.

Después de la guerra, el nombre de Cunninghame Graham empieza a ser olvidado, a pesar de sus periódicas colaboraciones en *La Nación*, cuya corresponsalía ejerce en Londres.

La misma muerte de Hudson, cuatro años más tarde, no halla eco en la prensa argentina. Durante una década por lo menos, el silencio más absoluto rodea estos nom-

bres hasta que algunos jóvenes nos decidimos a agitarlos uno tras otro, en busca de un pasado utilizable.

II

En Diciembre de 1930, con motivo del centenario de la muerte de Bolívar, aparece en *La Vida Literaria* con unas líneas de acápite, el esbozo de tradición, titulado *La vieja de Bolívar*, una de las pocas páginas de Cunninghame Graham escritas directamente en castellano.

La respuesta del olvidado escritor a nuestra atención no se hace esperar. Unos trazos desgarbados y rotundos, que pronto habían de sernos familiares, nos traen, con el sentimiento de su nostalgia, la seguridad del parentesco que invocábamos. He aquí una copia de su texto:

Londres, Enero 14|31.

Al señor Director de la Vida Literaria.

Muy señor mío:

Mil gracias por los dos números de su interesantísimo periódico. Mucho me gusta que ha (ya) tenido la amabilidad de incluir mi pobre cuentecito *La Vieja de Bolívar*, en sus columnas.

Gracias también por lo que dice en el epígrafe. Gracias otra vez por haber dicho «tan ligado a nosotros». Efectivamente, pasé los mejores años de mi vida en la Argentina y el Uruguay (entonces la Banda Oriental).

Por el momento me siento más ligado que nunca, pues está el ilustre pintor argentino Quirós en Londres y le veo y contemplo sus gauchos todos los días.

Con repetidas gracias S. S. y amigo.—*Robert B. Cunninghame Graham.*

A esta esquela que contestamos con un pedido de autorización y consejo para reproducir otra página suya en un número dedicado a Hudson, a quien dando lugar a un homenaje oficial, habíamos honrado ya dos años antes en la Primera exposición nacional del libro, don Roberto nos contesta desde la Isla Madeira, en los siguientes términos:

HOTEL SAVOY
CUNEBAL
Isla Madeira

Marzo, 11 de 1931.

Sr. don Enrique Espinoza.

Muy apreciable amigo:

Pongo «amigo» a pesar de no habernos encontrado hasta ahora. Gracias mil por su carta tan cariñosa y tan halagüeña.

Mucho me alegro saber del interés que tributan los jóvenes escritores al ilustre escritor anglo-argentino. Guillermo Hudson. Recibí ayer una carta del Dr. Pozzo (Quilmes) con unas instantáneas de la inauguración de la Estación «Guillermo Enrique Hudson». También unas hojas de un ombú que está al lado de la casa donde nació Hudson.

Aprecio mucho también lo que Ud. dice de mí. Al volver a casa (Abril 4) le mandaré en seguida dos retratos, uno a pie y otro a caballo.

Tanto Sanin que (como) el señor Sáenz Hayes, me conocen muy bien, especialmente Baldomero que es un amigo íntimo. Es muy difícil indicar una página pues en general los escritores no son buenos críticos de sus obras. Quizá (y sé que me arriesgo mucho) la descripción de la salida del sol con los «pingos» atados a soga, mojados del sereno, y los ganados al lado del fogón en el cuento *La Cautiva* vendría bien como muestra de mi manera de escribir y de lo hondo que me penetró el espíritu de la Pampa en aquel entonces.

Mucho me gustaría saber que una colección de mis cuentos criollos fuera posible. Claro que le doy plena y absoluta autorización para hacerla.

De «modelo auténtico» seguramente no serviría; pero como homenaje de admiración a los amigos campesinos, a los «pingos» y en recuerdo de los mates cimarrones que chupé tiritando de frío al lado del fogón... eso *sí*.

Con muchas y cariñosas memorias de Lugones y con muy cordial apretón (espiritual) de manos a Ud. amigo querido (pero desconocido).

Siempre suyo para todo lo que se le ofrezca en nuestra Babilonia.

R. B. Cunninghame Graham.

P. S.—Me sería muy grato recibir libros nacionales de cuando en cuando.

De un mes más tarde data otra carta suya, desde Londres, particularmente interesante, no sólo por lo que dice de la independencia de la isla de Madeira, quien en esos momentos lucha asimismo por la autonomía de su propio país, sino también por el comentario vivaz que hace de los dibujos de Alberto Güiraldes en nuestro periódico. La reproducimos también a continuación:

Londres, Abril 9|31.

Señor don Enrique Espinoza.

Muy señor y amigo:

Llegué ayer de la Isla Madeira, hermosa isla, que dejé en plena revolución. Quieren autonomía y tienen razón.

En seguida busqué un par de fotografías que mandaré certificadas.

Mil gracias por los números de la *Vida Literaria*.

Mucho me gustan los retratos de los paisanos Hudson y Graham.

Que bien sale Hudson de chiripá, calzoncillo, de nazarenas y con su pingo bien tusado, tascando el freno.

Veo con gusto también que el otro tiene un bagual por el cabresto y que el animal no está de freno todavía.

A ese otro paisano creo haber visto por «allacito» en la frontera, en algún rodeo, o volteada de yeguas.

En el retrato tiene facha de uno que «no se hacía al lado de la hueya», pero entiendo que el pobre se «ha metido» a escritor y ya no sirve «pa ná».

Mucho aprecio el honor que me hacen en ponerme al lado de Hudson y en general todas las cosas bonitas (y demasiado halagüeñas) que me prodigan en el epígrafe de la traducción de mi artículo.

¿Quien lo tradujo?

Ha de haber sido uno que posee el inglés como el mejor hijo de Londres.

Tan bien hecho está que el artículo parece haber sido escrito en castellano. Realmente me suena mejor en la traducción que en el original.

Repitiendo mis gracias y con un cordial apretón de manos (espiritual): suyo amigo affmo. (si me concede la licencia).—*Roberto B. Cunninghame Graham.*

A esta carta sigue aun otra en la primera mitad del mismo año que transcribimos igualmente, por su considerable valor autobiográfico:

June, 5|31.

Señor don Enrique Espinoza.

Muy estimado señor y amigo:

Recibí ayer su demasiado halagüeña carta. Me gusta que la fotografía gauchesca (con el malacarita) le haya caído en gracia. Estoy muy contento del éxito del artículo mío en el Río de la Plata.

Es lástima que toda la obra de Hudson no esté traducida al castellano. Escribiré a Eduardo Hillman sobre el asunto.

No pienso nunca en escribir mis memorias. Hay un flujo de memorias en Inglaterra en estos momentos. Salen a borbotones todos los días.

No se ha escrito nada acerca de «mi vida y milagros».

El profesor Heberto Well de «Dartmounth College Hanower, New Hampshire, U. S. A.», está escribiendo algo de mi vida, etc., en este momento.

Es un señor todavía joven (32 años) y muy simpático. Creo que no conoce mucho sobre la historia de Sudamérica, ni sabe el castellano, pero es hombre muy culto, y es profesor de literatura inglesa en su Universidad.

Yo estuve más o menos diez años (los mejores de mi vida) en la Argentina, el Uruguay y el Paraguay. Es decir, entre 1870 y 1880. Eran los años de mi juventud y todo lo que ví y me pasó tengo fotografiado en mi cerebro.

Después estuve varios años en México y el Estado de Tejas (me fuí de ganadero).

Durante la guerra estuve durante 11 (once) meses en la República del Uruguay y un año en Colombia examinando el ganado colombiano con el propósito de poner un frigorífico. El propósito fracasó por falta de tonelaje y el gobierno (nuestro) me hizo volver.

Ultimamente estuve dos veces por temporadas de 5 y 4 meses en Venezuela.

Si, soy un amigo de todo lo que sea Rioplatense. En cuanto a «gran escritor», Ud. lo dice, y estoy muy ufano de leerlo.... gracias mil. Eso lo dejo en las manos de mis amigos argentinos y en las manos más poderosas aún del tiempo.

Repitiendo mis gracias más fervorosas. Siempre suyo S. S. y amigo.—*Roberto B. Cunninghame Graham.*

P. S.—Empecé a escribir en el año 1885 (tiempos del rey Wamba).

P. S. I. L.—Estoy pensando en escribir la vida de Urquiza, pero me falta material. Solamente tengo los «Rasgos de la Vida de Urquiza», por Leguizamón.

Ví a Urquiza varias veces en Gualeguaychú, a López Jordán también, estuve en San José tres semanas después del asesinato.

Una media docena más de cartas de don Roberto llegaron a nuestras manos. Pero sólo hemos de transcribir por ahora dos, no exentas como las anteriores de algunos lapsus, para completar su propia imagen. La primera la recibimos al transcribir en nuestro periódico, transformado en revista, su notable prólogo a la edición ilustrada de *Far Away and Long Ago*, junto con su dedicatoria particular en forma de autógrafo. Dice así:

Londres, Nov. 10|33.

Mi querido don Enrique:

Recibí gustoso los tres números de Trapalanda que tuvo la bondad de enviarme. La reproducción de mis garabatos tiene muchísima gracia. Son horribles, verdad, parecen escritos con el punto del asador.

Ver la reproducción de su letra es como mirarse en el espejo—le salen cosas que nunca hubiese uno esperado.

«Me miro en el espejo y mal», etc., etc. como canta el versículo español.

Qué bien ha de conocer el inglés el señor Oscar Cohan. La verdad es que en castellano lo que escribo sale mejor que en inglés.

Quizá la manera de pensar, el giro de la frase y la mentalidad sean más propias a un idioma latino que el anglosajón.

Cuanto me alegro saber que la fama de mi querido Hudson va siempre creciendo. Muy bien su discurso a los niños de la escuela Guillermo Enrique Hudson!

Qué típico de Hudson era dar un rebencazo al ómnibus. Era un momento de olvido, de aquéllos olvidos cuando el alma se escapa de la cárcel de la carne y flota libre en el éter.

Interesante también «El gaucho burgués» y bien escrito.

El «gaucho» Tschiffely está en Londres. Algún día tenemos que hacer un peregrinaje al cementerio adonde está enterrado Rosas en Southampthon.

Le mandaré mis impresiones. Es fácil que Tschiffely escriba algo también.

Su libro (el de Tschiffely) debe de salir a luz en la primera semana de Enero (1933). Leí las galeradas y encuentro el libro interesantísimo.

También le he hecho un prólogo. Qué simpático el suizo argentino, y qué sencillo, como todos los hombres que han hecho algo notable.

Señor redactor: he dicho.

Deseando larga vida y un éxito permanente a Trapalanda.

Siempre suyo amigo y colega.—*Roberto B. Cunninghame Graham.*

El texto de la segunda carta en la que don Roberto insiste acerca de su devoción por Hudson y nos ofrece otro rasgo inédito de su juventud, es el siguiente:

Julio, 4|34.

Señor don Enrique Espinoza.

Querido amigo y colega:

Mil gracias por el recorte de sus notas sobre Hudson. Son interesantísimas y veo que Ud. venera la memoria de *nuestro* gran compatriota. Digo *nuestro* porque Hudson a pesar de haber nacido en la Argentina, hizo su fama aquí.

Estoy seguro que algún día alcanzará igual renombre en la tierra donde fué criado... Quisiera mucho ver lo que escribieron en Costa Rica. Creo que el supuesto artículo de *La Nación* no es más que el prólogo que escribí para la Tierra Purpúrea.

Sí, renuncié a la idea de escribir sobre Urquiza por falta de datos y también porque Urquiza es enteramente desconocido aquí. Por eso escribí mi *Portrait of a Dictator* (Francisco Solano López) porque es una figura mundial (e infernal) y porque he estado en el Paraguay poco después de la guerra.

Nunca he escrito sobre *Martín Fierro* a pesar de ser gran admirador del poema. En mi juventud sabía trozos largos y gustaba recitarlos al peonaje alrededor del fogón en mis viajes a las saladeras del Brasil con tropas de ganado.

He escrito poco últimamente porque la maldita política no me da tiempo. Soy el presidente de la Liga autonomista escocesa y todo se me vuelve discursos.

Con un cariñoso saludo siempre suyo amigo y admirador.—*Roberto B. Cunningham Graham.*

Alguna vez integraremos la publicación de este epistolario con las demás cartas, que por referirse, en parte, a nuestros propios libros, creemos fuera de la intención de estas notas. Mientras tanto, queremos agregar algunas palabras acerca de los últimos días de don Roberto en Buenos Aires sin detenernos a subrayar los rasgos más salientes que ofrecen las cartas que insertamos en este intermedio.

III

Don Roberto llega a Buenos Aires a principios de este año, después de resistirse aún a hacerlo, desde Río de Janeiro, a fines del año anterior. Prefiere por entonces volverse a Londres para corregir las pruebas de su último libro *Mirajes* que contiene entre otros, dos cuentos criollos, *Carlos, el gaucho* y *Facón grande*, así como dos impresiones españolas: *Los niños toreros* y *Casas Viejas*, 1933.

Antes de partir nuevamente de Londres, alcanza todavía a prologar un manojo de antiguas cartas de Hudson

que encuentra entre sus papeles. Llega, pues, a Buenos Aires, sin esperanzas de retorno, como con el presentimiento de su muerte.

Entre nosotros, el número de sus admiradores ha aumentado considerablemente desde 1930. Una estación de la provincia de Buenos Aires lleva el nombre de «Don Roberto». El Museo nacional de Bellas Artes exhibe en una de sus salas de la avenida Alvear su retrato a caballo que ha tenido la gentileza de obsequiarle el mismo. Su figura trasciende ahora más allá de los círculos literarios. Cierto, que ninguno de sus libros se ha traducido a nuestro idioma; y nuestro propio ejemplo de arrimar algunas de sus páginas más características no ha encontrado émulos. Pero su fama es ya inseparable de la de su amigo Hudson; y un deseo de reparar por su intermedio la injusticia cometida con el autor de *Allá lejos y hace tiempo* se advierte en el número de los homenajes que se le prodigan.

Don Roberto comprende y deja hacer, aunque todo ese ruido, en verdad, no lo hace feliz. Los que menos tienen que ver con su esripítu, son precisamente los más empeñados en festejarlo, no en comprenderlo. Después de varias recepciones y conferencias de esas de que no se libra ningún huésped ilustre en Buenos Aires, todavía se le prepara una fiesta en lo que queda de la antigua estancia de *Los Veinticinco Ombúes*, en los alrededores de Quilmes.

Pero don Roberto la rehuye, cansado, y un día se adelanta a visitar la casa de su amigo Hudson, poco menos que a solas. Una impresión extraordinaria lo sobrecoge en ese pobre rancho y desde allí mismo trata de expresársela en una carta a Morley Roberts, el más antiguo compañero de Hudson.

En otra que dirige a Edward Garnett, al día siguiente, le dice:

«.....Si él no la ha publicado pídasela para leerla. Nunca nada me ha impresionado tanto. Mientras estaba escribiendo en aquella habitación pensaba: de qué lugar más insospechado puede salir un genio tan grande; y para que nada faltara, un caballo zaino estaba amarrado a uno de los postes de la casa..... Nos embarcamos de regreso el 26 en el Almeda Star.»

Este barco sólo se lleva el cadáver de don Roberto a Inglaterra. Una multitud lo acompaña desde el local

de la Sociedad argentina de escritores hasta la dársena. A su cabeza van, en mudo homenaje, los famosos caballos de Tschiffely: Mancha y Gato.

Pero, desde luego, los discursos no faltan. Quienes a diario reniegan en nuestro tiempo de cuanto era más caro a don Roberto en el suyo, aprovechan la ocasión para cubrir sus restos de lugares comunes: la raza, la caballería, la élite...

Por suerte, el ministro inglés tiene algunas palabras sensatas:

«El mundo se empobrece—dice—con la muerte de Cunninghame Graham, amante de la libertad, amigo del pueblo, campeón de la reforma, en épocas en que la reforma no era siempre popular, defensor de la causa de las pequeñas naciones y de los pueblos atrasados ...que, probablemente, se sentía más *at home* en las pulperías que en el Plaza Hotel.»

Pensando en don Roberto, ahora, a varios meses de su muerte y en lo peor de la gran tragedia española, sentimos más que nunca este empobrecimiento. Porque de hallarse aún entre nosotros, cerca o lejos, de seguro que su voz se habría levantado sobre todas las altas voces del mundo para condenar a los generales perjuros que pretenden imponer a sangre y fuego el fascismo en España.